

BLIZZARD ENTERTAINMENT

La huérfana y el orfebre

Gavin Jurgens-Fhyrie

La huérfana y el orfebre

Capítulo 1

"Antes de mi primer atardecer en Zhou, me habían insultado; me habían robado el dinero, la ropa y la dignidad; me habían dado por muerto y tirado en un zanjón. Más de uno me ha dicho que tuve suerte de escapar tan fácilmente." —Abd al-Hazir, Crónicas Xiansai

Con una sonrisa al viento, Jia saltó de una chimenea y cayó sobre las tejas dentadas del techo de la casa de apuestas. Su daga chocó suavemente contra la parte baja de su espalda. En diez minutos, la usaría para matar a un hombre. En un segundo, tendría que resolver cómo aterrizar.

Nada de eso importaba en este momento. Estaba volando.

Zhou era un revoltijo desparejo: 15 kilómetros de templos de piedra elegantes y tabernas de mala muerte, de torres fortificadas y conventillos destartados, todo apretado en la cuna de la cordillera Guozhi. Como los caminos se consideraban un desperdicio del preciado espacio, era más una ciudad de callejones ocultos y torcidos que de calles y plazas. Ahí abajo, muchas cosas podían pasarle a uno si no tenía cuidado. Y muchas veces pasaban.

Jia rodó después de aterrizar, su armadura acolchada absorbió silenciosamente el impacto, y volvió a estar de pie y corriendo en medio segundo. Aquí arriba, ella podía elegir su propio camino. Sin callejones sin salida ni enfrentamientos decisivos. Solo kilómetros de techos y libertad en todas las direcciones. Podía hacer de cuenta que no tenía obligaciones. Que era libre de ir a cualquier lado.

Las ventanas pasaban a su lado a toda velocidad, dejaban ver los rostros de los apostadores amargados, demasiado ocupados en sus cartas malas como para notar su presencia. Sin embargo, el Hermano Mayor Qiu, que estaba sentado al lado del hombre que ella debía asesinar, sí la vio. Él levantó una ceja, irritado por la imprudencia de la chica, y ella lo saludó alegremente. Ser detectada por un miembro de la Décima Familia no contaba como fracaso en la prueba. A ellos los *entrenaban* para ver cosas.

Nueve Grandes Familias gobernaban Zhou, cada una llevaba el nombre de la industria que dominaba en la ciudad. La Décima Familia no tenía otro nombre más que ese: su número. Su monopolio era el delito: robos, contrabando, vicios y homicidios.

La familia había criado a Jia desde que era una niña. Ella no era la única. La mayoría de los niños perdidos o abandonados que sobrevivían a las calles mortales de Zhou terminaban tarde o temprano en el umbral metafórico de la Décima Familia. La Décima les daba a esos

huérfanos comida, cama y un entrenamiento útil. Y cuando cumplían dieciocho, les daban una opción.

Podían irse con una bolsa generosa de oro y elegir su futuro. Gran parte del mundo *no* era Zhou y había muchos lugares en donde una persona joven con una educación especial podía encontrar una vida feliz.

O podían unirse a la Décima Familia. Y matar.

Jia había elegido esto último pero quería lo primero. Quería irse, explorar el mundo, pero la Décima estaba bajo ataque. No podía abandonar a su familia.

Saltó desde la cornisa de la casa de apuestas y cayó en la cantería enclavada del templo de Tong-Shi¹. Los espirales de estatuas y frisos intrincados le daban a la construcción un aspecto encrespado y eran como una escalera para los pies correctos.

Ella trepó, elevándose por sobre el collage escuálido de la ciudad, sus botas arañaban palmas elevadas en adoración y cabezas inclinadas en reverencia, sus dedos buscaban un punto de agarre en las parábolas de piedra que mostraban a los cincuenta y nueve dioses nobles de Xiansai seduciendo, traicionando y peleando entre ellos. Jia no prestó atención. La Décima no le veía utilidad a la teología complicada del lugar, con una excepción notable.

Jia se detuvo frente al friso que representaba *El Primer Robo*. Una estatua de Zei, un dios pequeño y risueño, que corría por el firmamento mientras lo perseguía la ira de los cielos.

—Zei, el tramposo, se acercó silenciosamente a los dioses mientras dormían —les había dicho la Hermana Mayor Rou a los huérfanos de la Décima hacía muchos años—. Con manos astutas y una gran sonrisa, robó a sus hermanos y hermanas hasta que los bolsillos le tintinearón. Luego, corrió a toda velocidad a través del cielo negro y, en su prisa por escapar, se le cayeron muchas joyas. La mayoría quedaron ahí y se convirtieron en estrellas pero muchas cayeron a la tierra y se estrellaron en millones de pedazos...

Cuenta la leyenda que a Zei lo atraparon y lo desterraron de los cielos hasta que devolviera cada piedra. Miles de historias comenzaron ese día, una más absurda que la otra. Xiansai adoraba a cincuenta y nueve dioses pero solamente amaba a uno: Zei, el tramposo sonriente que engañaba a emperadores, seducía a diosas fluviales y viajaba por el mundo disfrazado de orfebre humilde.

¹ Tong-Shi es el dios padre del panteón Xiansai. Se cree que es omnipresente pero no omnisciente; lo que significa que generalmente se lo retrataba con cara de agobiado.

Los pulgares de incontables huérfanos en busca de suerte habían frotado la cabeza del dios escurridizo hasta gastarla. Jia pasó el suyo por la cabeza brillante y bajó corriendo por una canaleta de piedra hasta adentrarse en el humo de madera dulce y el vapor ácido que cubría a Zhou como una sábana.

Minutos después, se agazapó en la cornisa de un techo y esperó. Li, decimotercer heredero de la importante familia de los Constructores, salió tambaleándose de la taberna que estaba abajo, apoyado en una prostituta que no habría estado sonriendo de haber sabido lo que Li les había hecho a seis de sus hermanas. Jia puso su mano en la daga... justo cuando seis matones de los Terratenientes salían del callejón. Li gritó, desenvainó su fina espada de duelo en un instante y empujó a la mujer hacia ellos para ganar tiempo. Un Terrateniente la hizo a un lado con impaciencia. En posición fetal, la mujer levantó los ojos ciegos al cielo.

Jia se paralizó.

Uno de los Terratenientes se lanzó al ataque. Li desvió la espada con la suya y le dio una bofetada al pseudo asesino, riendo. Los matones atacaron a la vez; Li retrocedió un poco y, con su espada, desvió fugazmente sus estocadas torpes. Ninguno prestó atención alguna a la mujer caída.

Jia notó que la mujer había desenfundado su daga. Miró fijamente esa hoja. Sus entrenadores le habían dicho que se dejaba llevar por sus pasiones. Respiró hondo.

Ella había venido a tomar una vida y nada más. Esperar era la mejor estrategia. Los Terratenientes podrían matar a Li y ahorrarle el trabajo. Luego, se irían a tomar unas copas para festejar, a reír y bailar *y la mujer seguiría muerta irremediabilmente*.

Jia suspiró, luego se lanzó al combate cuerpo a cuerpo.

En el nivel más bajo de la Hacienda Ambulante², el Padrastro Yao puso con cuidado una taza de té caliente delante de Jia.

—Tómalo —fue todo lo que dijo.

Era un líquido oscuro en una taza de porcelana sencilla. Se decía que el té tenía apenas, por un momento muy breve, un gusto a canela en la boca de aquellos que no superaron la

² La Hacienda Ambulante es el bastión de la Décima Familia y se rumorea que se teletransporta por la ciudad. En realidad, la Décima usa muchas "Haciendas Ambulantes" pero fomenta y adorna los rumores siempre que puede.

prueba. Era un rumor estúpido. Nadie que hubiera fallado habría salido con vida de la oficina del Padrastro.

Ella exhaló con fuerza y se lo tomó de un trago. Tenía gusto a canela.

—Lo que hiciste fue una tontería —dijo el Padrastro Yao entrelazando sus manos sobre una barriga importante—. Siete hombres murieron. Yo solo pedí uno.

Yao no era blando, a pesar de su apariencia; Jia lo había visto romper la espalda de uno de los vigilantes de Liang, la Filosa, de un solo golpe. El Padrastro era una autoridad superior, solamente superado por el líder de la Décima, el parco y silencioso Hombre Roto. Jia puso sus manos sobre el escritorio entre ella y Yao para ver si le temblaban.

—Esa mujer —dijo ella a sabiendas de que los observadores ya le habían contado todo a Yao—... pude haberla salvado antes de que Li la masacrara como a los otros... y los Terratenientes la mataron sin razón.

—Uno de ellos la mató —la corrigió el Padrastro Yao.

—Los otros no lo castigaron. Ni siquiera lo notaron.

—No —dijo el Padrastro Yao, entrecerrando los ojos—. Pero no eran tu encargo.

—Yo hice lo que... —comenzó a decir. El Padrastro Yao golpeó la mesa.

—¡No eran tu encargo!

—¡No me importa! —gritó Jia—. ¡Las Grandes Familias hacen su guerra en las calles como si fuera un juego! La mujer trabajaba para nosotros, Padrastro. ¡Era parte de la familia y ellos la mataron!

El Padrastro Yao entrelazó las manos.

—Y entonces —dijo él sin un rastro de ira—, tú te metiste en el medio de las espadas con tan solo tu daga y mataste a siete hombres.

—Seis —dijo ella—. Li tropezó con el cadáver de uno de los Terratenientes y se quebró el cuello.

—Asombroso —dijo Yao—. Pero negligente. Había muchos testigos.

Jia sintió que una mano de piedra apretaba su corazón. Que te vieran en tu primera misión era un fracaso directo, sin importar las circunstancias. Fracasar significaba que el té que acababa de tomar estaba envenenado.

—Pero, por alguna razón, nadie te vio —dijo el Padrastro Yao con una sonrisa—. Felicitaciones, Hermana Menor.

Jia se desarmó en su silla, mareada por el alivio.

—Gracias, Padrastro.

—Y si vuelves a ser tan negligente, "castigo" será una forma muy suave de describir lo que te pasará. Tienes que entender que estamos en guerra con Liang, la Filosa, y necesitamos a todos nuestros soldados...

Jia se irguió mientras Yao hablaba de obligaciones, distraída por... algo raro. La oficina del Padrastro era una habitación pequeña pero extravagante, con el escritorio entre ellos, un gabinete y una puerta en la pared izquierda que comunicaba con los aposentos privados del Padrastro. Podía jurar que sintió una brisa...

Ella parpadeó. Un hombre viejo y huesudo con una túnica harapienta y sandalias gastadas salió por la puerta arrastrando los pies, oliendo el aire mientras su barba rala temblaba. Él la notó, asintió con seriedad y cruzó la oficina hasta el gabinete, haciendo ruidos ínfimos con los labios. Tras seleccionar una taza de té particularmente fina, escudriñó la habitación con la confusión moderada de un invitado que se pregunta dónde guarda el azúcar el dueño de la casa.

Jia miró al Padrastro Yao, luego al anciano, luego al Padrastro. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Ignorarlo? ¿Ponerse de pie para saludarlo? ¿Era otra prueba? ¿Estaba fallando?

El Padrastro Yao hizo una mueca de fastidio.

—En nombre de todos los Infiernos, ¿qué estás mirando? —dijo y se dio vuelta. Le cayó la mandíbula al suelo cuando vio al viejo intruso poner alegremente unos cubos de veneno cristalizado en una taza de té.

—¡Guardias!

Capítulo 2

"Pero aunque estaba desnudo como una gallina desplumada y atado a un poste sobre una hoguera, Zei era astuto y tenía más trucos que secretos tiene el océano". —Zei y las treinta colas del tigre

Tras cinco minutos de mucho movimiento, el Padrastro Yao volvió a su escritorio y frunció el ceño al mirar al viejo, que de alguna forma había penetrado el nivel más seguro de la fortaleza más secreta de todo Xiansai. Como siempre lo hacía, Yao le había avisado inmediatamente de la intrusión al Hombre Roto, que estaba... en un viaje de negocios, pero había sido por pura formalidad. Los intrusos morían y punto.

La Tía Xa y el Tío Hao, dos de los asesinos más mortíferos de la Décima, flanquearon al visitante inoportuno, con sus espadas desenfundadas y listas para atacar a la orden del Padrastro. El viejo, aparentemente ignorante de la amenaza implícita, contempló maravillado el lujo que lo rodeaba y luego puso su atención en el escritorio entre él y Yao. Y suspiró.

—Me *muero* de hambre —dijo—. ¿Tiene algo de comer?

—Por supuesto —dijo Yao y miró a Jia, que esperaba disconforme en la puerta. Tal vez estaba esperando que le ordenaran irse de la habitación. Si hubiese sido cualquier otra hermana, Yao se lo habría ordenado. Pero Jia era diferente, siempre lo había sido. Ella tenía que ser más ruda. Yao disimuló haber notado que la Tía Xa, que una vez le había arrancado la garganta a un hombre *con los dientes*, de tanto en tanto miraba preocupada a la chica.

—Tráenos un plato de pasteles de mi alacena, Hermana Menor. Luego haz un poco de té del tarro marrón.

Jia salió rápidamente y volvió con un plato lleno de pasteles. El anciano abrió bien grandes los ojos cuando lo tuvo frente a él.

—Bueno, mi amigo —dijo Yao luego de que Jia volviera a la alacena para hacer el té—. ¿Quién es usted y cómo entró aquí?

—A través del pasadizo secreto detrás de su biblioteca —dijo el anciano mirando fijo los pasteles como si le contaran un secreto—. ¿Puedo comer ese de chocolate con vetas de mora yan? Tiene un aspecto maravilloso.

Yao frunció el ceño.

—Le pregunté su nombre.

—Sí, lo he oído.

—¿Y?

—¡Pensé que estaba bromeando! —dijo el anciano riendo y levantando las manos—. ¡Todos conocen a Shen el Codicioso!

—Lamentablemente, yo no —dijo el Padrastro Yao—. Sírvase pasteles, mi amigo.

Shen el Codicioso se sorprendió ante tal generosidad y se lanzó al plato.

—Ahora me gustaría saber por qué es que usted... —El Padrastro Yao se distrajo, asombrado y horrorizado, al ver a Shen aniquilar la pila de pasteles como si tuvieran el antídoto del té envenenado que estaba preparando Jia.

—Por qué vino usted aquí —logró terminar Yao. La Tía Xa y el Tío Hao parecían hipnotizados por la masacre pastelera.

El anciano contestó con la voz tapada por los pedazos de pastel, escupiendo migas hasta el otro extremo del escritorio.

—Creo que no le entendí —dijo el Padrastro Yao.

—No me sorprende —dijo Shen, tragando el último bocado—. Es un plan muy complejo.

—No —dijo Yao y tomó aire para calmarse—. No pude entender lo que dijo porque tenía la boca llena de pastel.

—Disculpe. Permítame volver a explicárselo... ¡Ah, ha llegado el té!

La porcelana tintineó mientras Jia volvía y ponía la tetera humeante y las dos tazas sobre el escritorio.

—Gracias, Hermana Menor —dijo Yao y le sirvió una taza a Shen. Unos remolinos diminutos del color del roble pulido delataron el contenido mortal del té oscuro, pero el viejo no sentiría ni sabor ni dolor. Se dormiría y eso sería todo. Pero todavía quedaba el asunto de...

Shen tomó la taza y la terminó de un trago.

—Oh, Dios —dijo el anciano exhalando vapor—. Qué delicia. ¿Le puedo pedir un poco más?

Con el ceño fruncido, Yao le sirvió otra taza. Shen tomó un sorbo de té y se hizo un buche concienzudamente.

—Permítame preguntárselo otra vez —dijo el Padrastro Yao—. ¿Por qué está aquí?

Shen el Codicioso apretó los labios en concentración solemne y volvió a probar el té. En su rostro mostró puro deleite. Se inclinó conspirativamente hacia el Padrastro Yao.

—¿Ese sabor que noto es raíz de escorpión? —dijo, como si uno de los venenos más mortíferos del mundo fuera un toque inesperado de almendra.

—Sí, me temo que lo es. Y si usted quiere...

—Es venenosa, ¿sabía?

—Sí, sabía —dijo Yao apretando los dientes—. Y si usted quiere el antídoto...

—Ah, no existe el antídoto —dijo Shen el Codicioso sirviéndose más té—. Es uno de los venenos más mortíferos del mundo. Por suerte, una vez pasé un mes desafortunado varado en una isla repleta de raíces de escorpión y serpientes venenosas. Tuve que comer ambas para sobrevivir, por supuesto. ¡La experiencia me hizo bastante inmune a la mayoría de los venenos!

El Padrastro Yao lo fulminó con la mirada. Aquí había un misterio. Yao odiaba los misterios. Miró al Tío Hao a los ojos y asintió con la cabeza.

Las Grandes Familias enviaban a sus prodigios mágicos al Cenobio de Yshari de Caldeum a meditar en el uso sensato de sus poderes para que luego volvieran a Xiansai y los usaran insensatamente. La Décima Familia prefería emplear técnicas más directas a la hora de asesinar y entrenaba a sus miembros en la aplicación sutil de la fuerza sobre órganos internos.

El Tío Hao levantó la mano, articuló una palabra sin decirla y cerró el puño. Los faroles que colgaban del techo titilaron y se balancearon como si los empujara un viento oscuro.

En el silencio, Shen el Codicioso sorbió su té ruidosamente. Al parecer, su corazón estaba menos aplastado que nunca.

Gotas gordas de sudor caían de la frente del Tío Hao. Su puño pálido temblaba en el aire.

Comenzó un temblor. El escritorio se estremeció. Shen el Codicioso terminó su té con un suspiro alegre y dejó la taza.

La tetera explotó y las esquirlas de vidrio volaron en todas las direcciones.

Gruñendo, y apenas al tanto de que sus asesinos se estaban buscando rasguños de veneno frenéticamente como niños asustados, el Padrastro Yao volteó el pesado escritorio con una mano y con la otra sacó su cuchillo. Shen el Codicioso se quedó sentado, inmóvil, con la frente arrugada de preocupación solidaria. Mostrando los dientes, Yao tomó impulso para atacar... y se detuvo. Le dolió la frente y no por un rasguño de la tetera.

Las cartas podían interceptarse y se podía torturar a los mensajeros para obtener información. Mediante costos considerables y algunos encantamientos dolorosos, el Padrastro Yao y el Hombre Roto habían obtenido otro método más seguro para comunicarse a la distancia.

Yao había visualizado cuidadosamente al intruso cuando apareció y había murmurado la palabra de envío. No había esperado recibir una respuesta.

Cien susurros mentales se fusionaron en un solo pensamiento poderoso del Hombre Roto.

Dale lo que quiera y ruega que se vaya rápido.

Yao contuvo la respiración. El Hombre Roto había tomado el control de la Décima durante la Purga, cuanto la ciudad entera se había puesto en contra de la familia. Medía más de dos metros y eran más de dos metros de cicatrices, músculos y huesos rotos y sanados; era el único hombre al que Liang, la Filosa, la mujer más poderosa de la ciudad, consideraba su rival.

Ruega que se vaya rápido.

El Hombre Roto le tenía miedo a Shen el Codicioso.

El padrastro Yao enfundó el cuchillo y miró, realmente miró, al intruso. Túnica maltrecha y sucia. Ojeras grandes. Y esa sonrisa...

Todos los miembros de la Décima habían tomado alguna vez la Prueba de los Huérfanos y habían frotado la cabeza de Zei para tener suerte. Todos conocían la leyenda del dios tramposo, atrapado en el plano mortal hasta que recuperara las joyas que había robado de los cielos.

Yao sintió que se le habían secado los labios y, tras lamerlos, dijo:

—¿Quién es usted, abuelo? ¿Quién es usted en realidad?

—Un humilde orfebre, nada más —dijo Shen el Codicioso con gran satisfacción—. Y deseo contratar a esta joven, Jia, para un encargo de lo más interesante.

Capítulo 3

"La esposa del guerrero le ofreció a Zei un rescate en joyas preciosas digno de un emperador... o una noche de libertinaje desenfrenado. Por supuesto, para Zei, la elección era obvia". —Zei y la noche de libertinaje desenfrenado

La Hacienda Ambulante eran cinco pisos subterráneos de cuarteles y salones de entrenamiento conectados por una escalera de caracol fortificada. Jia siguió, taciturna, a Shen el Codicioso por los escalones espiralados. De alguna manera, ya todo el mundo se había enterado de la visita. Ojos preocupados se asomaban por las buheras y unos susurros frenéticos hacían eco en la oscuridad; hasta los asesinos más mortíferos de Xiansai se abrían el paso a empujones para ver.

Jia gruñó. La iban a molestar con esto por el resto de su vida.

—Yo sé que no eres tú —dijo ella.

—¿Quién no soy? —dijo Shen alegremente.

—¡Zei! ¡No eres Zei!

—Nunca dije que era Zei.

—¡Nunca dijo que no era!

—Ah, pero si tuviera que estar toda la noche diciéndote todo lo que soy y lo que no soy, no tendríamos tiempo para meternos en la torre de Liang, la Filosa.

Las conversaciones susurradas del otro lado de las paredes se interrumpieron abruptamente y cientos de aspiraciones violentas succionaron todo el aire de la escalera. Jia se quedó paralizada.

—¿Qué? —chilló.

Shen se dio vuelta y se asomó hacia ella desde la curva de la escalera.

—Ah, ¿no te he dicho? Sí, vamos a robar secretos de la Torre del Consejero. ¿No es maravilloso?

Las leyes de Zhou eran determinadas por un consejo gobernante que estaba compuesto por un hombre o mujer de cada una de las nueve Grandes Familias. Como ninguna de las Grandes Familias era tan tonta como para confiar en las otras o trabajar con ellas, hacía mucho tiempo que habían creado el cargo de "consejero".

Esta posición poderosa y peligrosa generalmente era ocupada por un comerciante exitoso salido de las masas pululantes. Él o ella llevaba los asuntos importantes³ a la atención del consejo gobernante y ejecutaba sus órdenes⁴, lo que dejaba libres a las Grandes Familias para que pudieran organizar sus mascaradas y planear el asesinato de algún ser querido. El consejero trabajaba sin ningún tipo de supervisión y era el gobernante *de facto* de Zhou. Y muy pocas veces llegaban con vida al final de su año de mandato.

Eso significaba que la consejera actual, Liang, la Filosa, era... inusual. Había usado las denuncias crecientes de criaturas demoníacas en las Tierras temibles periféricas y en el resto del mundo para mantenerse en el poder durante cuatro años y había sobrevivido a dieciséis intentos de asesinato. Antes de que ella se convirtiera en consejera, las Grandes Familias habían llenado la vigilancia urbana con las sobras de sus ejércitos personales; Liang reformó, despidió y hasta ejecutó a los borrachos, los espías y los criminales, y dejó una fuerza bien entrenada y mejor compensada que respondía solamente a ella.

En breve, Liang, la Filosa, se convirtió en la única guardiana del orden en una ciudad que prosperaba en el caos. Y eso la puso directamente en contra de la Décima, cuyo progreso se basaba en satisfacer los caprichos de los ricos y poderosos. Una guerra silenciosa había estado escalando durante años. Los vigilantes de Liang saquearon almacenes y masacraron a la familia adoptiva de Jia en la calle. En respuesta, tíos y tías visitaron las casas de vigilancia y procuraron que toda la ciudad pudiera ver las llamas.⁵

Nadie, ni siquiera los Constructores y los Terratenientes, se odiaba más unos a otros que el Hombre Roto y Liang, la Filosa.

Jia se apoyó contra la pared. *Y nosotros vamos a robarle.*

—Estoy muerta —dijo ella.

—Solo si nos atrapan sus guardias —dijo Shen el Codicioso, desechando el comentario de ella con un gesto—... o si caemos mientras trepamos.

—¿Trepamos? —dijo Jia tomándose la frente.

³ Es decir, importantes para la Gran Familia que le pagara más al consejero.

⁴ Ver arriba.

⁵ Cuando un contrato requiere un asesinato sutil, el Padrastro Yao envía a un hermano o una hermana mayor. Los tíos y tías hacen los encargos solo cuando tiene que quedar absolutamente claro que ciertos individuos han disgustado *severamente* a la Décima Familia.

—Ah, sí. Ascenderemos por fuera de la torre. —Ella frunció el ceño—. Ahora que escucho el plan dicho en voz alta, es cierto que suena bastante riesgoso. Por fortuna, tú tienes un arma secreta.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—¡Yo! —dijo Shen y volvió a desaparecer en una curva. Jia sintió que su familia la observaba.

—Sé fuerte, Hermana Menor —dijo uno de ellos y se estiró por una de las buheras y le puso una mano en el hombro—. Sé silenciosa. Ten cuidado.

—Ocúltate a plena vista —dijo otro.

Jia resopló. Esa última fue una cita. Del *Libro de Zei*.

Shen el Codicioso saltó desde la fachada falsa de la hacienda y Jia lo siguió sombríamente. Unas calles robustas de adoquín se colaban entre montones de asentamientos destartados de varios pisos que bloqueaban las estrellas.

Pero no bloqueaban todo el horizonte. A un kilómetro de distancia, entre la miseria que la rodeaba, se elevaba altiva la silueta dentada de la Torre del Consejero, esperándolos.

Shen el Codicioso se quedó completamente quieto en el centro de la calle dispareja. En la pálida luz de la luna, su barba enmarañada casi brillaba y Jia sintió que un recuerdo muy borroso acarició apenas el fondo de su mente... y desapareció. Ella sacudió la cabeza y fue hacia Shen. Tal vez el viejo farsante lo estaba pensando dos veces.

No. Estaba hipnotizado por un vendedor callejero a lo lejos, en una de las curvas del camino sinuoso que llevaba a la torre. El sisear de la carne les enviaba volutas de humo fragantes.

—Tendríamos que ir por los techos.

—¿Hay vendedores de curry en los techos? —dijo Shen con asombro—. He estado fuera de la ciudad de las maravillas demasiado tiempo.

—No —espetó Jia—. Es más seguro.

—Ah, sí —dijo Shen, asintiendo con seriedad—. La seguridad es muy importante. No temas. Si fuera necesario saltar desde un techo y combatir con siete hombres, te dejaré ir primera.

Se tambaleó hacia el vendedor callejero dejando atrás a Jia, que lo vio ir atónita. Debía de haber estado escuchando en la oficina. Pero el Padraastro Yao no había mencionado el techo...

El carro y la parrilla del vendedor estaban armados contra una cocina abierta, conectada a las paredes y al techo manchados de hollín, por un sistema complicado de cadenas y poleas; parecía como si toda la construcción pudiera ser guardada de un tirón en caso de apuro, de manera que la plancha de hierro que estaba sobre el carro se cerraría de golpe y sellaría la tienda. Jia llegó justo cuando Shen el Codicioso se abría paso pidiendo disculpas a través de la corta fila de personas que esperaban su turno. Luego pidió todo lo que había en la parrilla.

—¿Todo, abuelo? —dijo el vendedor, con las cejas arrugadas debajo de un sombrero de paja ancho que tenía el ala levantada. Ignoró a la multitud que protestaba: vender todo junto significaba que se podía ir a la cama más temprano con una bolsa llena de oro.

—¡Absolutamente! —dijo Shen—. Mi joven amiga y yo vamos a tener que trepar mucho y...

—Nosotros estábamos antes, viejo —gruñó una señora de mediana edad con ojos cansados y una bolsa pesada que cacareaba sobre sus hombros.

—¿En serio? ¡Imposible! —dijo Shen—. Cómo no voy a ver a una mujer tan hermosa delante de mí. ¡Pero nadie debería pasar hambre! ¡Vendedor! —gritó dando un golpe con la palma de la mano—. ¡Carne para todos mis amigos!

Jia se abrió paso entre la mujer que ahora sonreía un poco y un artista callejero que llevaba una *matar* de dieciocho cuerdas en la espalda.

—¿Qué *hace*? —le dijo ella entre dientes.

—Me preparo para nuestra misión secreta —dijo Shen con una forma de susurrar que se debería de oír desde el otro lado de la calle. Se oyó el crepitar de la parrilla.

—¡Está haciendo el ridículo!

—Ah. Es posible que tengas razón —dijo Shen—Procederé a ser más sutil.

—Abuelo —dijo el vendedor, con los ojos abiertos de par en par—. ¡Su!... ¡Su mano!

Shen lo miró. Miró la mano con la que había golpeado antes... Estaba sobre la parrilla ardiente.

—¡No pasa nada! —dijo el viejo y se apoyó sobre la parrilla con la otra mano—. Soy bastante resistente a las quemaduras y esta noche hace frío. Ahora, ¿dónde está mi carne?

—Primero, el dinero —dijo el vendedor e hizo una mueca de dolor al oír el crepitar.

—Ah, por supuesto. Disculpe. —Shen se irguió y escarbó sus bolsas con ambas manos, murmurando algo. Finalmente, se le iluminó el rostro y extrajo un rubí. Sus palmas no tenían ni una quemadura.

—¿Bastará con esto?

Los ojos se movieron de las manos al rubí, luego a la cara arrugada de Shen. Alguien susurró "el orfebre" y luego "Zei" y esta vez hasta Jia... dudó. La joya. La piel intacta donde debería estar chamuscada. El veneno. La magia. ¿Quién *era*?

No obstante, ella era joven y su cinismo natural volvió con todo.

—¿A esto le llama "sutil"? —dijo ella.

—No es el más grande que tengo —dijo Shen, con cara de preocupación.

—¡Podría comprar la calle entera! —dijo Jia—. ¿Y lo gasta en la venta del día de un carro de carne?

—¿No la hueles? ¡Un rubí no puede valer lo mismo que una carne tan deliciosa!

—Usted es un tonto —dijo Jia.

—La belleza hace tontos a los mejores hombres —dijo Shen, guiñándole un ojo a la mujer que tenía la bolsa de gallinas. Ella se sonrojó como una sacerdotiza—. Pero entiendo lo que quieres decir.

—Vendedor: deme también ese sombrero fabuloso y este rubí insignificante será suyo —dijo él, sacudiendo la gema sobre la cabeza. El vendedor no le quitaba los ojos de encima.

—Deje de estar mostrándola así —dijo Jia—. ¿Quiere que lo maten?

—¿Estas personas encantadoras? —dijo Shen, y entregó el rubí y se calzó su nuevo sombrero en la cabeza—. A mí me parecen de confianza. Además, ¿quién podría matar a alguien por estas joyas?

—¿Casi toda la ciudad? —dijo Jia—. Deje de gritar sobre sus malditas joyas.

—Estoy más que feliz de compartir —dijo Shen, ajustándose el sombrero—. Tengo muchas.

Justo entonces, tres matones flacuchos salieron de un callejón cercano, pavoneándose. Jia afirmó un pie atrás suavemente y dejó que una daga se deslizara suavemente en su mano, encubierta por la multitud nerviosa. Esos idiotas no llevaban la marca de la Décima,

lo que significaba que eran matones independientes y no autorizados⁶ y que lo más probable era que no se irían si ella se los pedía. De hecho, lo más probable era que tratarían de matarla. Iba a tener que matarlos p...

Una patrulla de la vigilancia urbana de la consejera se acercaba desde la dirección opuesta. Perfecto. Y ella ahí, inconspicua en su armadura de asesina.

El vendedor aparentemente también pudo ver lo que se avecinaba. Arrastró el carro hacia atrás y el techo de hierro comenzó a cerrarse.

Shen el Codicioso lo atrapó con una mano y lo levantó sin ninguna señal de esfuerzo.

Dijo:

—¿Eso que espío en el estante detrás de usted es vino de jengibre?

Tirando desesperadamente de la palanca que no aflojaba, el vendedor asintió.

—Le pagaré un ópalo por cada botella —dijo Shen. Su voz hizo eco en los edificios altos sobre ellos.

El vendedor se paralizó. Un matón calvo dejó caer su garrote.

—¿*En serio*, un ópalo por cada botella? —dijo Jia.

—No he bebido suficiente vino de jengibre en mi vida —dijo Shen, solemne—. Es una de las cosas de las que más me arrepiento.

Poniendo en riesgo su vida por un par de ópalos, el vendedor le pasó una botella a Shen. Shen se la lanzó al matón calvo sin mirar.

—¡Vino para mis amigos! —declaró el anciano—. ¡Y ahora que tenemos público, necesitamos música!

¿Público? Jia levantó la vista. La gente se inclinaba desde sus ventanas abiertas, tratando de ver qué pasaba. Eso nunca ocurría. De noche, Zhou era una ciudad de puertas con llave y ventanas con trabas. Uno no trataba de averiguar la causa de un alboroto a menos que quisiera que la causa subiera a su hogar y se presentara.

—¿Me presta su *matar*, joven? —dijo Shen al artista callejero.

—¿Me convida un poco de vino?

—¡Un trato justo! —Vino e instrumento fueron intercambiados. Shen se tambaleó por el peso de la *matar*—. No recordaba que fueran tan pesadas. Necesitaré ambas manos.

⁶ A la Décima no le agradaba tener competencia en Zhou. Los ladrones, estafadores y traficantes o le pagaban un porcentaje de sus ganancias a la familia o perdían un porcentaje propio, generalmente de un órgano vital.

—¡Ey, usted! —le dijo al matón calvo—. Ayude a nuestro amigo vendedor a repartir el vino. El resto: ¡canten conmigo si saben la letra!

Todos sabían la letra, sobre todo porque era de las picantes. Ninguna canción sobre Zei era inocente. Cuando llegaron a la parte en la que la reina pavo real encontró a Zei en el árbol con sus tres hermanas, la mujer de las gallinas y el matón calvo se sostenían el uno al otro, desternillándose de risa.

Más y más personas fueron saliendo a la calle y las botellas los recibieron. Llegó la vigilancia urbana, soplando silbatos para que vinieran los guardias a controlar el caos. Reunido con su *matar* y bendecido con el sombrero de Shen, el artista callejero tocó desafortadamente y cantó con sus nuevos amigos. El vendedor gritó a su esposa que se despertara, luego le dijo que ocultara la bolsa de ópalos y que trajera más vino de jengibre y carne cruda del sótano...

A varias cuadras de distancia y diez minutos más tarde, Jia y Shen el Codicioso estaban en el borde del patio que rodeaba la Torre del Consejero. Mientras miraban, las últimas patrullas pedestres que quedaban se iban en dirección al festival callejero improvisado.

—Viejito astuto —dijo Jia—. Lo hiciste a prop... Un momento, ¿se trajo una botella de vino?

—Tregar mucho me da sed —dijo Shen, sacó el corcho con un movimiento de pulgar muy practicado y se tomó media botella en tres tragos.

Irritada por el hecho de que un hombre que tendría el cuádruple de años que ella la forzara a ser la adulta en esa situación, Jia dijo:

—No va poder tregar esa torre estando borracho, viejo.

—¿Por qué no? —dijo Shen—. He ascendido miles de torres. La sobriedad nunca mejoró la experiencia.

—¡Se caerá!

—Ah, no, no. Soy demasiado delicado para caer. Si bien no he puesto a prueba esta teoría, estoy seguro de que flotaría suavemente hasta el suelo.

—Está bien —dijo Jia agarrándose el tabique—. Vamos. Cuando dé la señ...

Shen ya estaba atravesando el patio a toda velocidad. Ella maldijo y lo siguió, esperando el grito inminente de un guardia. No se oyó ninguno aunque tenía que haber arqueros en los techos aledaños. Parecía que la suerte de Shen se le estaba pegando.

Él llegó a la torre, metió la botella en su vasto sistema de bolsillos y trepó los primeros diez metros de pura pared como un mono furioso. Jia tuvo que usar cada truco de impulso y músculo para no quedarse atrás.

Zhou se alejaba bajo ellos. La oscuridad acabó por reinar en la ciudad durmiente, a excepción del Festival de Zei versión miniatura⁷ que había creado Shen y el racimo radiante de antorchas y faroles que indicaban el Mercado Eterno al este.

Finalmente, Jia notó que Shen subía la pared casi en línea recta. Ahora que le prestaba atención, vio unos escalones tallados astutamente en la piedra pulida, invisibles desde abajo.

—Alguien ha estado trepando esta torre —dijo ella.

—Ah, sí —dijo Shen, sin esfuerzo o agitación alguna—. Mi hijo viene seguido aquí.

—¿Su hijo? —dijo Jia—. Pero si no ha parado de insinuar que usted es...

—¿Célibe? Jamás. Las mujeres tumbarían montañas enteras al mar antes de permitir una cosa así.

—No, un dios. Y *por favor* no me hable de s... de celibato —dijo Jia sonrojada.

—¿Por qué no? —dijo Shen inocentemente e hizo una pausa para rascarse el mentón barbudo mientras seguía aferrado de una grieta con su otra mano huesuda.

—Porque usted es...

—¿Tremendamente apuesto? ¿Un encanto perfumado?

—Viejo.

—Es verdad —dijo Shen, asintiendo con tristeza—. Soy viejo. La verdad que demasiado viejo para estar cargando con esta botella de vino. Atrápala.

El anciano soltó la botella y ella apenas logró atajarla antes de que la pasara de largo y se estrellara en los adoquines muy, muy abajo.

—¿Qué se supone que debo hacer con esto?

—Bébelo —dijo Shen. Una ráfaga de viento hizo ondear su túnica mientras afirmaba en una grieta diminuta un pie cuya única protección era una sandalia—. ¡Luego, haz pedazos la botella para espantar las resacas!

⁷ Xiansai celebra muchas festividades dedicadas a comportarse como un tonto en público pero ninguna se compara con la depravación del tipo "terminar con los pantalones en la cabeza" que es el Festival de Zei anual, que incluye catorce desfiles diferentes por toda la ciudad, recreaciones asombrosamente vulgares de las numerosas aventuras del dios y la tradicional caterva de trucos y bromas que casi siempre terminan haciendo que barrios enteros sean inhabitables durante semanas.

—No voy a... A ver, ¿eso funciona de verdad?

—Posiblemente —dijo Shen—. En lo personal, yo disfruto de las resacas. Me recuerdan a...

Se perdió en sus pensamientos. El silencio fue tan inesperado que Jia se sintió obligada a llenarlo.

—¿Le recuerdan a?...

—Ah, recuerdos —dijo Shen y le sonrió.

Por primera vez, Jia lo miró bien. Bajo la barba extrañamente familiar y la sonrisa fácil, había percibido el más breve atisbo de... tristeza, encerrada tras muros altos y una puerta fortificada. Una puerta que se volvió a cerrar.

—Usted me habló de su hijo —dijo ella, metiendo la botella en su armadura acolchada.

—Ah, sí. Él trepa esta torre más seguido de lo que debería. Verás: él y Liang son amantes secretos.

La mano de Jia se congeló a medio camino.

—¿Liang, la Filosa? ¿La consejera que vive en la torre de la que estamos colgando? ¿Esa Liang?

—Esa misma —dijo Shen con alegría—. Hace años que son amantes. Décadas, por lo menos.

—Es imposible —dijo Jia. Se habían escrito canciones sobre la falta de interés por el romance que tenía la consejera. Liang había rechazado cientos de propuestas de varios miembros de las Grandes Familias; para Jia, eso era lo único que esa mujer tenía a su favor.

—Imposible, no. Sorprendente nomás. Sería conveniente susurrar a partir de aquí —agregó Shen. La ventana de la consejera se encontraba encima de ellos.

—Y este hijo suyo —dijo Jia, segura de que Shen le estaba tomando el pelo—... ¿también es un seductor de mujeres famoso? ¿Un dios disfrazado?

—Ah, ¿no te lo dije? —dijo Shen—. Tú lo conoces como el Hombre Roto.

Jia se resbaló. Más rápido que un relámpago, Shen se estiró hacia abajo y la atrapó de la muñeca, gruñendo un poco. Las botas de ella colgaron en el viento azotador a unos cien metros de altura.

—Cuidado —fue todo lo que dijo él antes de balancearla hacia la pared. Ella quedó aferrada un momento con la cara contra la roca fría, recuperando el aliento.

—No —por fin logró decir—. Estamos en guerra con la vigilancia urbana de Liang. Ellos se odian.

—La pasión es parte de todo eso, sin duda —dijo Shen retomando el ascenso. El tema en discusión o la caída que por poco no ocurrió le habían quitado el humor relajado de su voz.

La ventana ya estaba a menos de dos metros por encima de ellos.

—¡Se equivoca! El Hombre Roto no nos traicionaría. —Oyó desesperación en su propia voz y se odió por ello.

—Él fue leal a ella primero —dijo Shen amablemente—. Y la Décima está en tercer lugar, lejos.

—¿Tercer lugar? ¿Entonces qué está en el segundo?

—¡Qué bueno que me lo preguntas! —dijo Shen con entusiasmo—. ¡Ese es el secreto que necesito que descubras!

Y, con un brazo fibroso, la tomó de la parte de atrás de su armadura y la lanzó al borde de la ventana.

Un haz de luz de luna atravesaba la alcoba de la consejera, iluminando una alfombra exuberante, un hogar y una cama. Liang, la Filosa, miraba hacia la pared mientras se ponía una bata sobre la espalda desnuda y los hombros pálidos.

Desnudo hasta la cintura, el Hombre Roto salió de la oscuridad detrás de ella, con más cicatrices que piel. Dos manos asesinas se deslizaron por la garganta de Liang y le levantaron el mentón suavemente, suavemente, para besarla...

Otra vez la situación del techo. Jia atravesó la ventana con la daga en la mano antes de que su cerebro se enterara.

Liang, la Filosa se soltó de los brazos del Hombre Roto. Su boca se abrió... y el Hombre Roto la cubrió, conteniendo el impulso de la consejera. Luego miró a Jia, su rostro ilegible, y ella sabía que él no podía dejarla con vida. Ninguno de los dos.

Jia no iba a escapar de la forma en que había llegado. Se lanzó sobre la cornisa y estiró la mano en busca de Shen el Codicioso... que no estaba ahí. La pared que bajaba hasta el patio estaba completamente desprovista de lunáticos con delirios de divinidad. Maldiciendo, Jia giró sobre su eje justo a tiempo para ver al Hombre Roto estirarse hacia ella...

Ella cortó su muñeca con la daga, se agachó por debajo de sus brazos cuando él retrocedió y corrió en busca de la única salida que le quedaba...

—¡Guardias! —rugió Liang detrás de ella. Dos vigilantes aparecieron por la puerta, la única esperanza de escape que le quedaba a Jia, con las espadas desenfundadas. Sin pensarlo, Jia sacó la botella de Shen de su armadura y la lanzó a la cabeza del que estaba más cerca. El impacto lo dejó mareado y se tambaleó hacia un lado. Ella saltó fuera del

alcance del arco plateado del ataque del otro guardia, clavó la daga en su brazo y atajó la espada antes de que se le cayera al piso.

Luego, se dio vuelta, ignorando los chillidos del guardia, y rechazó justo a tiempo (ay, dioses) la espada de Liang. La mujer había matado a decenas de los asesinos de la Décima. La familia de Jia. Y el Hombre Roto, su protector, estaba *enamorado* de ella...

Dejando un rastro de sangre de su muñeca herida, el Hombre Roto atravesó la alcoba. Liang atacó una, dos veces y Jia, siseando de furia como una serpiente, se movió aprovechando el impulso de los ataques, eludiendo por un pelo el filo de la hoja de la consejera, giró... y, con toda la furia de su corazón partido en un solo grito, Jia arrojó la daga y la espada al pecho del Hombre Roto.

Él las desvió de una palmada en pleno vuelo y siguió avanzando.

Ella se dio vuelta y huyó de la alcoba, por el pasillo, a una escalera de caracol. En los escalones de abajo, se escuchaban botas de armadura. La única opción era hacia arriba.

Y arriba la esperaba su muerte, lo sabía. Iba a morir y su familia seguiría sufriendo por las mentiras del Hombre Roto...

Ella llegó al techo de la torre, iluminada por la luna. La recibió una calma inesperada. Pero era un callejón sin salida.

Jia corrió hasta el borde del techo, agitada, por si acaso alguien hubiera sido tan considerado de instalar una escalera para ella. No. Caída libre hasta el patio debajo, lejos. Podía bajar por la ventana de la consejera y las grietas escalonadas pero no con prisa. Y, a juzgar por los gritos, los guardias ya casi llegaban.

Jia cerró los ojos. Había un cuento. Un cuento sobre Zei...

Perseguido por los Señores del Fuego, el astuto Zei trepó a la cima misma del cielo. Y, cuando se burlaron de él, Zei le dio un beso al amanecer en la mejilla ruborizada, y saltó...

Jia abrió los ojos. El acero rayaba las piedras detrás de ella a medida que avanzaban los guardias. Tal vez nunca podría viajar persiguiendo el horizonte como quería pero al menos podía volar una vez más...

Le dio la espalda a la caída, con los talones en la cornisa del olvido. Al menos veinte guardias burlones formaron un semicírculo de lanzas y espadas de duelo. Veinte soldados que alguna vez podrían llegar a lastimar a su familia.

Ella resopló y atacó.

Una espada fue directo a su garganta pero ella ya no estaba allí. Una lanza trató de clavarse en su espalda pero ella la dejó pasar y luego la agarró de la empuñadura y la arrancó de las manos del guardia.

Con la empuñadura de la lanza, hizo que el roble tañara los yelmos de acero como campanas y un guardia cayó al techo, gritando, cuando ella le clavó con precisión la punta en el muslo, a través de un espacio en sus perneras. Jia siguió peleando con la certeza de que iba a perder. La arrearon hasta la cornisa y un ataque suertudo cortó su lanza al medio. Uno de ellos la agarró por detrás y ella, con un rugido, le hundió media lanza en la planta del pie, se zafó de entre sus brazos, giró y le clavó la punta en el pecho.

La empuñadura se hizo trizas. Ella arrebató la espada de la mano del guardia antes de que se cayera de la torre y saltó hacia la masa de hombres que serían su muerte. Cada barrida de su hoja rechazaba múltiples ataques; cada ataque que hizo encontró carne. Riendo, bailó y giró y luchó más y más...

Cuando quedaban nueve guardias, uno la derribó con un puño de acero y otro le sacó la espada de la mano de una patada.

Mareada, ella miró la sombra del hacha que se levantaba sobre su cabeza a la luz de la luna y oyó a alguien... Alguien que subía corriendo por las escaleras...

El Hombre Roto apareció por el pozo de la escalera como una explosión, tomó a dos guardias del cuello y los lanzó fuera de la torre. Se dio vuelta y atrapó una lanza detrás de su cabeza justo en el momento en que la punta rozaba su piel. Con el reverso de la mano destrozó el yelmo del lancero.

Jia se zambulló en busca de su espada y la recuperó justo a tiempo para defenderse de una estocada que iba a su pecho. Con los nudillos rasgados y sangrantes, el Hombre Roto se irguió detrás del guardia desafortunado, tomó su cabeza entre dos manos enormes y estrujó.

Los cinco guardias que quedaban retrocedieron al reconocer al Hombre Roto. Jia sabía que no los dejaría escapar. Al igual que ella, eran testigos... pero Jia se dio cuenta, frunciendo el ceño, de que el Hombre Roto podría haberla dejado morir.

El hombre que Shen el Codicioso, el viejito frágil, había dicho que era su hijo mató a tres hombres más en unos pocos segundos. A los últimos dos los estrelló uno con otro hasta que dejaron de moverse y luego los arrojó por las escaleras.

Se dio vuelta, le salía sangre de una docena de heridas.

—Ella es tu madre —dijo él.

Jia lo miró con ojos vacíos. El secreto de Shen. Liang y el Hombre Roto habían estado enamorados durante décadas...

—Y tú eres...

—Sí.

Él no había tratado de herirla. Había tratado de detener a Liang, que no la había reconocido.

Jia notó que tenía los ojos de él; según recordaba, era la primera vez que él la había mirado.

—Yo sabía que te iba a traer aquí —dijo él—. Sin importar el costo.

Si esta fuera una de las historias que ella había oído de niña, lo habría abrazado. En cambio, le dio una bofetada y se arrepintió profundamente.

—Lo siento —dijo el gigante de ojos oscuros—. Yo soy un blanco constante. No quería que tú también lo fueras por mi culpa.

La seda rozó la piedra a su izquierda. Liang, la Filosa, la observaba desde las sombras del pozo de la escalera. Ahora que Jia la miraba con otros ojos, no podía negar que ella y la consejera eran casi idénticas.

Inquebrantable, Liang, la Filosa, dio media vuelta sin decir una palabra y bajó las escaleras.

—Ella no te ve desde que naciste —dijo el Hombre Roto—. No habría enviado a los guardias en tu contra si hubiese sabido quién eras.

—No sé si creer eso —dijo Jia al recordar la furia fría que vio en los ojos de su madre.

—Tú no la conoces —dijo su padre, pero el hombre enorme no sonaba muy seguro.

—Y tú sí —dijo Jia inexpresivamente.

—Desde que éramos niños y peleábamos por comida en las calles —dijo él—. Pero cuando yo me uní a la Décima y esta se convirtió en mi familia, ella siguió por su cuenta.

Jia sintió que el corazón se le llenaba de una admiración inesperada. Su madre, a fuerza de pura astucia y voluntad, había salido de las calles, había hecho los contactos correctos, se había convertido en la consejera, había sobrevivido... para convertirse en Liang, la Filosa, que cazaba a los hijos asesinos de su amante. Jia no podía perdonarla ni aunque lo pidiera.

—Tendríamos que hablar con ella —dijo el Hombre Roto—. Ahora que te vio...

Jia contuvo un suspiro al entender todo. *El es leal a Liang primero; a mí, segundo; a la Décima, tercero; pero quiere tenernos a todos...*

—Nunca seremos una familia —dijo ella—. ¿Lo entiendes? Tu amor no basta para detenerla. Esto terminará con su muerte o con las calles bañadas en nuestra sangre *y tú lo sabes*.

—Ella es tu madre —dijo él.

—No —dijo Jia y se puso en cuclillas en la cornisa del techo—. Ella es tu amante, yo soy huérfana.

Y bajó, dejándolo a él allí, solo en la torre, rodeado de muerte.

Capítulo 4

"Las sombras desaparecen con la luz del día. Los huecos se pueden investigar. Ocúltate a plena vista y nunca te encontrarán." —Libro de Zei

Horas más tarde, Jia volvía a estar sentada en la cornisa del techo del templo de Tong-Shi, con la espalda hacia el friso de Zei y los pies en el aire. La Fortaleza del Consejo brillaba con las luces de los faroles como un collar en la garganta oscura de las Montañas Guozhi. Las chimeneas de la Forja Enterrada ardían con un carmesí profundo.

Ella quería irse. La Décima era su familia, pero sus hermanos y hermanas (en su mayoría) no eran niños. Ellos disfrutaban esta vida, esta batalla constante. Y ella, si lo pensaba bien, no.

Jia sabía que moriría peleando una guerra sin sentido por el amor de su familia y la lealtad estúpida que seguía sintiendo hacia su padre. Se quería ir pero el deber no la dejaba.

—Hola, nieta —dijo Shen el Codicioso tras aparecer de la nada en la cornisa, al lado de ella.

—¿Por qué lo hiciste? —inquirió Jia.

—Los niños deben saber quiénes son sus padres —dijo Shen y también dejó colgando sus pies en el vacío—. Si no, ¿cómo van a saber lo que no tienen que ser?

—Más bromas —dijo Jia y le dio la espalda.

—¿Piensas que es una broma? —dijo Shen, tajante—. Tu madre quiere gobernar esta ciudad sin oposición y toma medidas para erradicar a todas las Grandes Familias. Tu padre sabe que ella no se detendrá en la novena. Pronto, su amor condenado no bastará y este país pasará por otra guerra civil. Sé más sabia que ellos, nieta.

Jia lo miró. Las sonrisas relajadas ya no estaban. En su lugar, había más pena que lo que podría soportarse en cien vidas.

—¿También debo saber quién es mi abuelo? —Dijo ella finalmente. Shen se dio vuelta para analizar el friso de Zei, que escapaba de la ira de los dioses riendo. De perfil, ambos rostros eran iguales.

—Qué joven más apuesto —dijo Shen el Codicioso con una sonrisa ligera.

—¿Qué debo hacer yo? —dijo Jia luego de que un silencio le dejara en claro que Shen no diría nada más—. ¿Tratar de hacer que haya paz entre mi madre y mi padre? ¿Huir y esconderme?

—Haz lo que quieras —dijo él, acariciándole la mejilla—. La vida puede ser muy corta.

—Para los mortales, querrás decir.

Shen en principio no respondió.

—Mira todo esto. —Recorrió todo el paisaje de Zhou con la mano—. Hace mucho, eran prados con algunas manchas de tribus pequeñas. Había flores.

Luego, el mundo cambió. Las personas contaron historias y miraron hacia los cielos en busca de instrucciones y de seres más poderosos que ellos para que se las dieran. Las historias se convirtieron en leyes y obligaciones y las tribus crecieron y lucharon entre sí. Pensaron que no tenían otra opción. Y esperaron que se cumplieran los augurios.

Señaló el cielo con un gesto relajado. Un cometa ardiente, una bola fundida de fuego serpenteante y cola de ceniza, explotó a través de los cielos. Helada de asombro, Jia volteó hacia Shen el Codicioso.

—Yo no fui —dijo él con los ojos bien abiertos.

Ella rió.

—Escúchame —dijo él mirando la estrella fugaz pasar por encima de sus cabezas y caer hacia el sudoeste, a las tierras distantes más allá de la isla de Xiansai—. Tú tienes el corazón de tu padre y la ira de tu madre. Lo supe desde el momento en que lo vi a él llevarte a casa la primera vez. Le pedí que me dejara tenerte en brazos, obviamente. Tiraste de mi barba con tanta fuerza...

Al fin, Jia lo recordó: sus deditos enredados en esa barba rala que brillaba a la luz de la luna. Tendría que haber sido demasiado pequeña para recordar esa noche; sin embargo, ese recuerdo era suyo.

—Ahora —dijo Shen—, tú eres una hija de la Décima Familia y mi nieta. Pero no estás atada a nuestras decisiones y no eres un soldado de nuestras batallas.

Él tomó el mentón de Jia delicadamente y la miró a los ojos.

—No importa lo que nadie te diga: tú eres libre —dijo él.

A la luz de la estrella fugaz, Shen parecía inmensamente cansado, increíblemente viejo. Ella sabía, sin preguntárselo, que él seguiría esa estrella. Significaba algo para él.

No significaba nada para ella.

Por un largo rato, se quedaron sentados, haciéndose compañía en silencio. Luego, Shen olisqueó.

—¿Eso es pez pimienta sazonado? —preguntó poniéndose de pie.

Jia levantó las cejas.

—Será mejor que vayas a ver —dijo ella—. No sea cosa que se les termine.

—Tienes razón —dijo Shen, asintiendo con urgencia—. Guárdame esto. Estoy seguro de que volveremos a encontrarnos.

Dejó caer una sus innumerables bolsas en el regazo de Jia, apretó sus labios contra la coronilla de la cabeza de la chica y bajó patinando por las canaletas del templo en busca de ese olor increíble.

Jia miró dentro de la bolsa abultada. Sobre un montón de diamantes perfectos había una gema rajada y ennegrecida. Jia se dio cuenta de que era un tipo de joya protectora, una pensada para desviar ataques mágicos. Como el que el Tío Hao había lanzado contra Shen en la oficina del Padraastro.

Ella esperó hasta que el amanecer ardiera en el horizonte y se levantó, estirando las piernas y metiendo la bolsa en su armadura. Podía volver a la Hacienda Ambulante a desayunar. Podía disculpase con su padre. O encontrar un pasaje en un barco y ver las tierras que conocía solamente en libros.

Podía ir a cualquier parte.